

LAURA PUY MUGUIRO

Pamplona

Para Germán Sánchez Espeso, “escribir es un trabajo como cualquier otro”. A él lleva dedicados 66 de sus 86 años de vida, si se cuenta el momento en que empezó a escribir, o 60, la primera vez que publicó, “en la mejor editorial, en Seix Barral, una mitología de Barcelona”. Autor de quince novelas, premio Nadal en 1978 por *Narciso*, su última obra, *¡Escribid, malditos! Secretos de la narrativa*, no es un manual de escritura creativa al uso ni propone aprender primero la teoría para después escribir: promulga que el material literario está en el interior de cada persona y que al escribir hay que sacarlo. Y lo cuenta con ironía y humor, tan fundamentales en su obra. Porque “el que no sabe hacer sonreír no debe meterse a redactar una novela”, sostiene.

Ha escrito un libro que en la primera página puede desmotivar a quien se plantee una novela...

[ríe] Ese primer capítulo de este libro da un poco de miedo diciendo que el que escribe novelas es idiota, pero es una manera práctica de captar el interés del lector, una de las técnicas que cuento. Y así todas las demás páginas, en cuya redacción pongo en práctica lo que predico en el libro. Es especial en este sentido. Porque, en general, los libros de técnicas literarias se dedican mucho a clasificar las técnicas, esa parte académica — punto de vista, personaje, clímax, anticlímax... — y no vale para nada: ningún escritor de la historia de la Humanidad, Dostoievski, Kafka... ha estado en ninguna escuela, y ahora, en cambio, todo el mundo va ahí a aprender cómo se escribe.

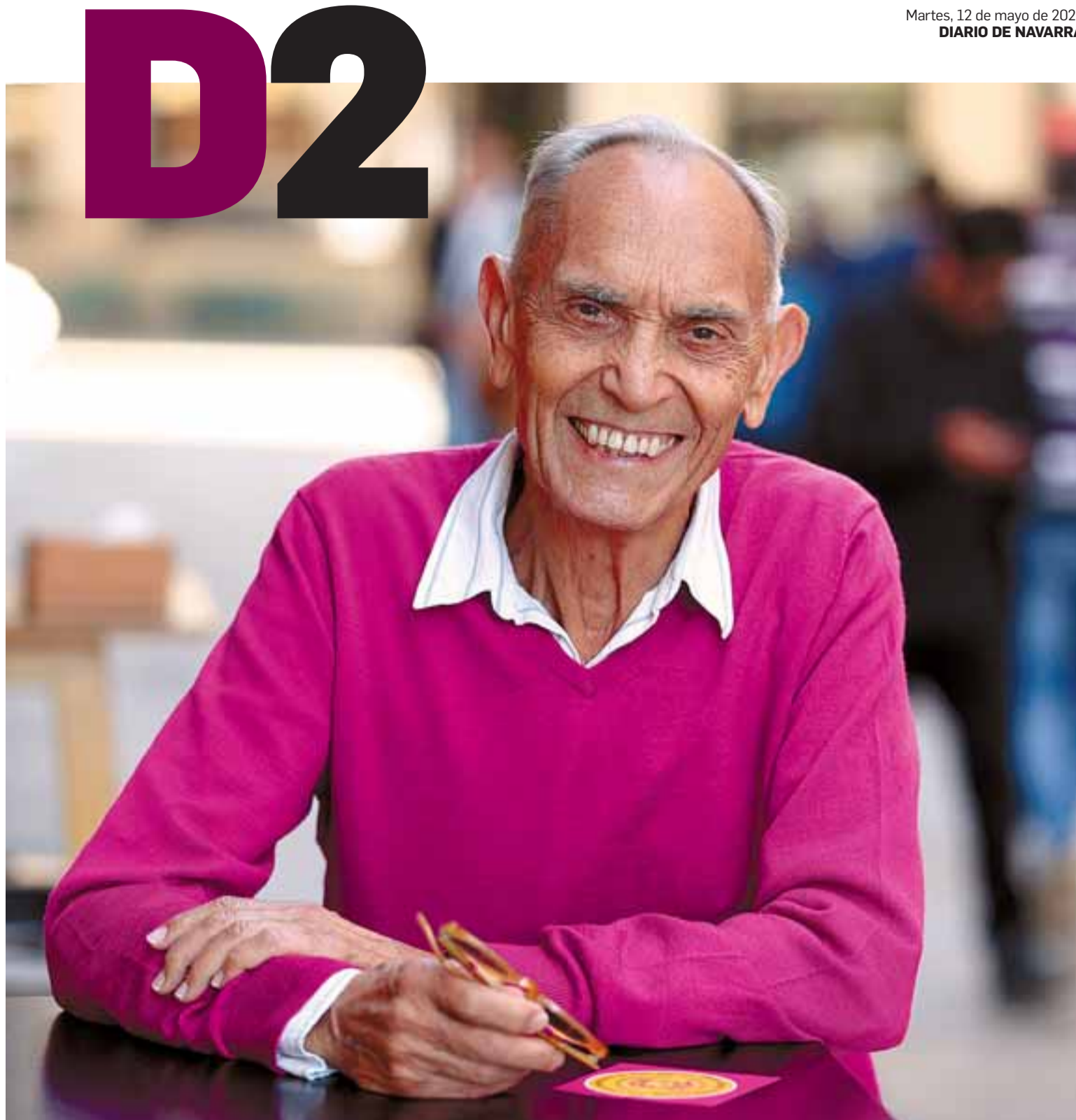
¿Y dónde se aprende?

Yo tengo una teoría: el maestro no está fuera de ti, está dentro. Si cuando lees un libro y algo te sorprende; si tienes la capacidad de hacer una doble lectura de cómo está funcionando, de por qué te hace reír, de por qué te intriga, de qué está pasando tras el libro... si tienes ese sexto sentido de ir entendiendo cómo funciona el hecho de captar el interés, esa es tu escuela. Puedes leer e ir a todos los talleres que quieras, pero si dentro no tienes herramientas, no aparecerán.

Repite en multitud de ocasiones en el libro que el material literario está dentro de cada persona.

Esa es mi teoría. No tenemos que partir de unos conocimientos para aplicarlos a la literatura, sino escribir, sacar de dentro. Lo otro, saber mucho o poco, es erudición. Hay gente que no sabe apenas y hace unos libros maravillosos, y quien se ha leído y lo sabe todo, pero... Leí en un tebeo: un hombre, para aprender a nadar, se pone con la barriga en un taburete y hace todos los movimientos, y cuando ya ha aprendido perfectamente, va al mar y se hunde. Eso sucede con talleres o libros de cómo se escribe. En este libro hablo sobre todo de dónde sacas tus capacidades.

“Hay que tener un monstruo dentro para ponerse a escribir”, dice.



Germán Sánchez Espeso, el jueves por la tarde en Pamplona, donde presentó *¡Escribid, malditos!* en la librería Elkar Comedias.

EDUARDO BUXENS

“El último creador de la literatura es el lector”

Germán Sánchez Espeso Escritor

“Si llevas una novela dentro, este libro no te enseñará a escribirla: te obligará a hacerlo”, advierte la última obra del pamplonés. Y porque “las historias nacen dentro de quien se atreve a escribirlas”, *¡Escribid, malditos!* no es un manual.

Escribir es una gran neurosis obsesiva. Es una enfermedad, como todas las artes y ciencias que se dedican a la investigación toda la vida. Se prospera gracias a lo poquito que uno aporta en literatura o en ciencias, que es en lo que se apoya el siguiente y el siguiente y el siguiente. Nadie de pronto inventa no sé qué: todo es un pasito

más de lo que había.

¿Y por qué escribir este libro?

Nunca he hecho un taller literario porque nunca me ha gustado cobrar dinero por eso, y es mejor además no cobrar y poder decir a uno: “Lo que has escrito no vale para nada, vamos a empezar de nuevo, y por aquí”. ¿Puede ser arrogancia? Creo que no. La arrogancia

es cuando cualquiera cree que ha escrito una cosa maravillosa, y, sinceramente, zapatero a tus zapatos. Es importante el olfato del que lleva toda la vida escribiendo y creando y haciendo funcionar todo ese mundo maravilloso que está ahí. He trabajado en publicidad, en cine, radio y televisión, y una de las cosas que me sorprendió notablemente es cómo, una vez empiezas a trabajar ahí, se desarrollan capacidades. Por ejemplo, al grabar un spot o hacer una locución, te preguntas cómo sabes que está perfecto: lo sé, lo sabe el locutor y lo sabe quien está en los mandos porque algo se ha desarrollado. En el mundo literario sucede igual, y tú mismo puedes decir “esto tiene este valor, pero

no tiene este, y esto no tiene ninguno”.

Ha contado que desde niño ha sido “monstruosamente imaginativo y creativo”. Eso ya es una gran ventaja. Si alguien no los tiene y quiere escribir, ¿qué le dice?

Acabo el libro diciendo que no se haga caso en absoluto a todo lo que he dicho aquí porque no hay reglas. No hay que poner puertas al campo. No solamente no hay normas para la literatura, sino que no hay normas dentro de las culturas. No hay para toda la Humanidad una especie de sentimiento común de lo que funciona o no. He hecho cosas rarísimas en literatura. ¿Quién juzga? Los umbrales de las sensaciones humanas valen para todos. Sí hay una cosa fundamental: si quieres hacer una narración, necesitas un comienzo, un desarrollo y un final, y esto tiene una sola norma, que es que debes ir haciendo crecer en el interés.

Lo remarca también: sorprender al lector a cada paso, pillarle desprevenido, huir de lo predecible.

La escritura es cómo hablamos nosotros, pero con signos: el pun-